

sino tambien con sus fuerzas: era un género de socorro poco adecuado sin duda á la dignidad del sucesor de los Césares, pero análogo al estado modesto de aquellos emperadores, quienes no lo eran sino por la proteccion de los Papas. Sin embargo, sobrepusieron los resultados á las esperanzas de Carlos. Contentábase este con recibir en Monza, en la diócesis de Milan, la corona de hierro ó del reino de Lombardia, cuya investidura debia preceder segun costumbre á la coronacion imperial. Pero Juan Visconti, arzobispo y príncipe de Milan, murió en estas circunstancias tan de repente, que no pudo arreglar la sucesion de sus Estados entre sus tres sobrinos (1), y Carlos sacó muy buen partido de estos príncipes, quienes se convinieron entre sí, y habian hecho ya que se eligiese un arzobispo de su propia familia, llamado Roberto, que lejos de oponerse á la coronacion del emperador Carlos, le coronó él mismo el dia 6 de enero del año 1355, no en Monza, sino en la misma ciudad de Milan, en la iglesia de San Ambrosio (2).

El dia de Pascua, 5 de abril de este mismo año, fué Carlos coronado emperador en Roma por el cardenal Beltran, obispo de Ostia, que habia ido con este objeto desde Aviñon. Tambien coronó Beltran á la emperatriz Ana, que al efecto habia llegado de Alemania, donde tuvo noticia de los progresos del emperador su esposo. Despues de la ceremonia, cumpliendo el emperador la palabra que habia dado de salir de Roma en el mismo dia, montó á caballo con pretesto de ir á caza, y pasó la noche en San Lorenzo fuera de la ciudad. Con la misma escrupulosidad cumplió y confirmó con actos auténticos todo aquello á que se habia obligado con Clemente VI y con Inocencio.

(1) M. Villan. lib. 4, cap. 25.

(2) Rain. an. 1355, n. 1.

Hubo al propio tiempo una nueva revolución en el imperio vacilante de Constantinopla. Juan Cantacuzeno, poco satisfecho con su primera usurpacion, habia hecho coronar tambien á su hijo Mateo (1354), no dejando mas que el vano título de emperador á su yerno Juan Paleólogo, á quien tenia como desterrado en Tesalónica. Carecia este de tropas y aun de dinero; pero estaban por él todos los corazones, estimulados por la justicia de sus derechos contra el opresor de este augusto pupilo y prendados de sus preciosas y amables cualidades, que no pudo menos de confesar su propio rival (1). Han juzgado de él con precipitacion los autores, que le han pintado como un príncipe sin talento ni actividad, por el tiempo en que su tutor tiránico le tenia sin ningun poder, y no le dejaba imponerse en los negocios. Por el contrario, el mayor número de los historiadores (2) le supone dotado de mucha sensibilidad y generosidad, de gran viveza de espíritu, de un juicio recto, de prudencia y penetracion, y pintándole con un solo rasgo, representándole como uno de los hombres mas hermosos de su siglo, pero de aquella especie de hermosura que dá nuevo realce á la magestad del trono, dicen que su alma era aún mas bella que su cuerpo. Este es entre todos los emperadores griegos el que con mas justa causa fué apellidado Calo-Juan ó el Hermoso Juan.

Como quiera que sea, toda la política y la desconfianza de Juan Cantacuzeno quedó cogida, por decirlo así, en las redes de este príncipe jóven, que no llegaba á los veinte y tres años, ó á lo menos en las de sus hábiles y generosos partidarios. Francisco Catalucio, genovés noble y sumamente rico, establecido en Constantinopla con otros mu-

(1) Cantac. lib. 4, cap. 1.

(2) M. Vill. lib. 4 et 7, foll. l. 7; Du-Cang. Hist. Const. lib. 8.

chos de su nacion, lo dispuso todo con tal acierto sin que lo advirtiese Cantacuzeno, que los griegos y los extranjeros tomaron de repente las armas en favor de Paleólogo, el cual llegó de noche con una sola galera en el mes de enero del año 1355. Sin dar tiempo á su enemigo para volver en sí, se dirigió á palacio el jóven emperador acompañado de aquella gente armada, y sorprendió á Cantacuzeno antes de que pudiese ponerse en estado de defensa. Valiéndose, pues, este de un arbitrio forzado, y temiendo una suerte mas infeliz, declaró que habia tomado mucho tiempo antes la resolucion de abandonar las grandezas del mundo por la vida monástica; y la única condicion que pidió fué la libertad de verificarlo. Se recibió con aplauso la noticia de una vocacion tan oportuna; y al dia siguiente, habiendo dejado en palacio el nuevo prosélito los adornos é insignias imperiales, se puso un hábito de monge, y mudó el nombre de Juan en el de José. Su muger Irene tomó tambien el hábito de religiosa, con el nombre de Eugenia. Asi refieren este suceso los autores desinteresados (1), si bien le presenta con alguna variedad el mismo Juan Cantacuzeno (2), el cual despues de diferentes tentativas inútiles para volver á su primer estado, trató de acomodarse á su nuevo género de vida. En ella se hizo célebre por sus producciones literarias, y especialmente por una historia muy buena de lo ocurrido en el reinado de su predecesor Andrónico y en el suyo propio. Su hijo Mateo se sostuvo todavia algunos meses; pero al fin se vió precisado á seguir en el claustro el ejemplo de su padre, á quien imitó tambien en el oficio de autor. De este modo adquirió la Grecia dos escritores estimables

en cambio de dos emperadores muy meritorios.

El primer uso que Juan Paleólogo hizo de su poder despues de haberle recobrado, fué manifestar su agradecimiento al generoso genovés que le habia facilitado los medios de volver á adquirirle. Midiendo la recompensa por su propia generosidad y por la magnitud del favor recibido, le dió en matrimonio á su propia hermana, con el principado de la isla de Metelin ó Mitilene. Poco despues, siguiendo el consejo de su madre, la emperatriz Ana de Saboya, trató de la reunion con la iglesia romana, y es de creer que sus disposiciones fuesen mas sinceras que las de la mayor parte de sus predecesores. Lo primero que hizo para esto fué tratar con Pablo, arzobispo de Smyrna y Nuncio del Papa, y despues espidió una bula de oro que decia lo siguiente: «Juro sobre los santos Evangelios dar, como los demas cristianos, al Sumo Pontífice de la Iglesia romana y de la Iglesia universal, la obediencia que le deben todos los fieles. En el espacio de seis meses haré todos los esfuerzos posibles para conseguir por medios suaves que mis vasallos sigan mi ejemplo, y pasado este término me valdré de la autoridad para reducir á los indóciles. Daré al Nuncio romano un palacio y una iglesia en Constantinopla, con facultad para conferir beneficios á los eclesiásticos que abjuren libremente el cisma. Habrá tambien tres colegios, en los cuales se enseñará el latin á los jóvenes, y principalmente á los hijos de casas nobles; en particular mi hijo primogénito tendrá un preceptor del rito romano, para que le enseñe la lengua y la erudicion latina. Si el Papa quiere enviar ahora tres galeras, yo le devolveré una con este hijo que ha de ser mi sucesor, en calidad de rehenes dados á San Pedro y como hijo adoptivo del Papa, el cual podrá elegirle muger, tutores

(1) M. Villan. lib. 4, cap. 46.

(2) Cantac. lib. 4, cap. 38, 42, etc.



y curadores, y trasladar á él mis derechos al imperio, en caso de que no cumpla yo mis promesas (1).

Antes de la entera ejecucion de todas estas promesas no podia Paleólogo mas de quinientos hombres armados y mil infantes, con una parte del dinero necesario para mantener el mayor número de tropas que esperaba en lo sucesivo. No hay cosa mas á propósito que esta para dar á entender el extremo á que se hallaba reducido el imperio de Oriente. Pero á pesar de ser tan moderado el objeto presente de aquella peticion, lo cierto es que las facciones de Italia, las pocas fuerzas de Alemania, las agitaciones causadas en España por los sucesos de Pedro el Cruel y de su digno émulo Carlos el Malo de Navarra, el encarnizamiento del rey de Inglaterra contra los franceses; en una palabra, las guerras y las turbulencias de todo el orbe cristiano no permitieron al Papa facilitar á Juan Paleólogo un socorro de tan corta entidad. Lo único que pudo hacer en su favor fué escribir á los venecianos, á los genoveses, al rey de Chipre y al gran maestro de Rodas cartas de recomendacion que no produjeron efecto alguno.

Sin embargo, como Inocencio VI miraba con mucho interés este asunto, del que se prometia grandes cosas en beneficio de la Religion, envió al emperador algun tiempo despues un legado, el mejor que podia elegirse para acreditar la fé romana en el Oriente. Era este el beato Pedro Tomás (2), carmelita, que habia nacido de padres pobrísimos en un caserío de la diócesis de Sarlat en Perigord, pero célebre ya en aquellos tiempos por las legacias mas importantes y mejor concluidas. Fué una

(1) Rain. Ann. 1355, num. 33 et seq.; Ms. Priv. Rom. Eccl. in Bibl. Vat.

(2) Boll. 27 jan. p. 995, etc.

felicidad para él que se le admitiese á la profesion religiosa, lo que consiguió por sus progresos en las ciencias, las cuales habia estudiado manteniéndose con su trabajo y con algunas limosnas. Era su padre tan pobre, que no pudiendo sustentar á dos niños que tenia, á saber, un hijo y una hija, se vió Pedro precisado á ir á buscarse la vida á una aldea inmediata, donde al mismo tiempo que mendigaba, asistia con puntualidad á las escuelas. Luego que tomó el hábito, le enviaron sus superiores á estudiar á Paris, donde hizo unos progresos tan extraordinarios, que se le dispensaron dos años de los que se exigían para recibir el grado de doctor. En medio de esto tuvo que vencer los obstáculos que debia presentarle lo poco recomendable de su persona, porque era de tan corta estatura, y tenia una cara tan ordinaria, que habiéndole hecho procurador de su órden, y hallándose en Aviñon, donde residia entonces el general, se avergonzaba éste de llevarle á palacio y de presentarse con él delante de los cardenales. Supo casualmente el cardenal de Perigord que este sábio y piadoso religioso era natural de aquella su provincia; y lisongeadó este prelado de que unos talentos tan raros hubiesen salido á luz en los Estados de sus padres, quiso verle y le convidó á comer. Concluido el convite, se propuso una cuestion, segun la costumbre de aquel tiempo y el uso aun mas particular de los cardenales. En este ejercicio correspondió Pedro Tomás á las esperanzas de su protector, el cual no pensó ya en otra cosa que en darle á conocer en las cátedras y en las concurrencias mas honoríficas.

Declaró la guerra á los vicios con toda la libertad que da una virtud superior, y no temia combatirlos por los dos lados mas críticos, esto es, no perdonando al fausto de los prelados ni á los vanos adornos de las mugeres mundanas. Pero como todas sus

palabras, segun se esplica el ingénuo y piadoso autor de su vida, eran visiblemente dictadas por una caridad pronta á padecer el martirio por todos aquellos á quienes reprendia, cogió los frutos mas inesperados, y de dia en dia se iba haciendo dueño de todos los corazones. Era tanto lo que le estimaban sus conciudadanos, que habiendo llegado un dia en que no tenían nada que comer los religiosos de su convento de Aviñon, salió á pedir por la ciudad, y volvió aquella noche con mas de mil florines. Sabiendo el Papa Inocencio que no tenia menos capacidad para el despacho de los negocios que para tratar de la salvacion de las almas, le empleó sucesivamente en las legacias de Nápoles, de Génova y de Milan; le confirió los dos obispados reunidos de Patti y de Lipari en Sicilia (1354); le envió *ad honorem* á Italia cerca del emperador Carlos, al rey de los rascios, pueblos altivos de la antigua Panonia, entre los cuales, con su fortaleza heróica, logró hacer respetable al menos la fé romana; despues á los venecianos, al rey de Hungría, y por último al emperador Juan Paleólogo.

Cuando llegó el legado á Constantinopla no halló á este príncipe en la ciudad, y fué á buscarle al ejército, donde el tumulto y la confusion de la guerra no impidieron que se le recibiese con mucho honor y que se tratase del objeto religioso de que iba encargado (1356). De acuerdo y por consejo de los grandes confirmó el emperador con mucho gusto todo lo que habia prometido, protestó su obediencia, fidelidad y adhesion á la Santa Sede, y se obligó á ello con juramento formal, hecho en manos del legado y en presencia de muchos obispos. Lo mas pronto que pudo escribió en estos términos al Sumo Pontífice: «Trabajamos con el mayor ardor y con todas nuestras fuerzas en la reunion de nuestra iglesia con la santa Iglesia romana. Me es muy sensible la im-

posibilidad en que me he visto hasta ahora de hacer que la obedezcan todos mis vasallos; pero no me son fieles todos ellos, ni aun me obedecen á mí mismo. Sin embargo, no dudo que he de lograr cumplirlo todo, si con el auxilio que me haceis esperar contribuis á sostener mi celo, el cual no os puede ser sospechoso. He heredado de mis padres mi adhesion á la Iglesia romana. No ignorais que en esta parte se ha señalado mi familia desde el origen de su poder, y que el emperador mi tercer abuelo (esto es, Miguel Paleólogo) murió en la obediencia de los romanos Pontífices. Yo queria enviaros mi hijo; pero vuestro legado ha creído que no convenia hacerlo ahora. No obstante, espero que esta porcion de mí mismo ha de estar muy pronto á vuestro lado; ¡y ojalá pudiera yo ir en persona á rendir á vuestra Santidad el homenaje que le debo! Por lo que hace á nuestro patriarca, no tengais el menor cuidado, porque yo daré las providencias necesarias para que se le deponga y se le sustituya otro, del cual me consta que es fiel á la Santa Sede.» Este patriarca, contrario á la union, era Calisto, sucesor de Isidoro, y palamita ó quietista como él. Concluye Juan Paleólogo dando gracias al Papa por haberle enviado un mediador y legado tan celoso y prudente como Pedro Tomás. «Me ha causado, dice, mucho consuelo, como tambien á los griegos y latinos que han sido convertidos ó confirmados en la virtud por sus instrucciones.»

Despues que el santo legado afirmó al emperador en estas disposiciones, pasó á la isla de Chipre, donde fué recibido honrosamente por el rey Hugo de Lusignan, el cual salió á recibirle hasta Famagosta, y le llevó hasta Nicosia, que era el lugar de su residencia. En poco tiempo se hizo Pedro tan respetable, y se concilió en tanto grado el aprecio y estimacion de la córte, que ha-



biendo enfermado en ella quiso la misma reina prepararle lo que habia de comer. Luego que se restableció hizo un viage á Jerusalem y se atrevió á predicar allí públicamente. Llenos de respeto los infieles, ni aun pensaron en impedirselo; pero enfurecido con esta noticia el sultan de Egipto, mandó cortar la cabeza al emir ó gobernador. Por fortuna estaba ya el Santo fuera de Jerusalem y libre de todo peligro. No tardó en presentarse al Papa Inocencio, quien para darle motivo de manifestar toda la estension de sus talentos, le confirió la legacia universal de Chipre y de las provincias inmediatas (1). Para ayudarle á sostener esta dignidad le trasladó al obispado de Coron en la Morea, mas rico que el de Patti, y mas próximo tambien á los países de su legacia.

Al mismo tiempo, Juan Rusbroquio, presbítero y canónigo reglar, se hizo famoso por su esposicion de los principios de la teología mística y de los diferentes modos de hacer oracion (2). A los doce años habia empezado á estudiar bajo la direccion de un pariente suyo que era eclesiástico; pero tres años despues, no habiendo aprendido casi mas que los principios de la gramática, renunció los estudios humanos para entregarse enteramente al de la sabiduría cristiana y á la práctica de la virtud. Desde entonces vivió en un estrecho retiro, aun despues que fué ordenado de sacerdote á la edad de veinticuatro años, únicamente ocupado en las funciones de la vida ascética, sin hablar casi nada y cuidando tan poco de su exterior, que mas de una vez era objeto de risa para las gentes del mundo. Ya tenia sesenta años y se habia hecho célebre por algunos libros espirituales que publicó, cuando se hizo canónigo reglar en Vauvert

(1) Rain. ann. 1358, num. 16.

(2) Vit. Joan. Rusbr.

cerca de Bruselas, donde no tardaron en elegirle por prior. Allí su método ordinario para componer sus obras era internarse en la selva de Soignies que estaba inmediata, y escribir como si le dictase el Espíritu Santo cuando se creia inspirado por él. Habiendo ido á verle Gerardo el grande, fundador de la congregacion de Windesheim y teólogo ilustrado, y advirtiéndole que sus escritos ocasionaban muchos disturbios: «maestro Gerardo, le respondió en tono pacífico, estad seguro de que ni una sola palabra he escrito sin un movimiento del Espíritu Santo y la asistencia de la adorable Trinidad.» Algunas veces estaba muchas semanas sin escribir, y cuando volvía á continuar su trabajo salía el discurso tan seguido como si no le hubiese interrumpido, aunque se hubiese olvidado de lo que precedía. Como sabia poco latin, escribía en su lengua nativa; esto es, en flamenco ó bajo alemán; pero sus obras se han traducido al latin, y en este idioma es en el que las tenemos. Su reputacion le atrajo entre otras muchas personas ilustres del uno y del otro sexo, una multitud de doctores, siendo el principal de ellos Juan Taulero (1). Este piadoso y sábio dominicano le miraba con gran veneracion, y aunque era mucho mayor teólogo que Rusbroquio, decía que habia adelantado mucho con él en la ciencia de la vida contemplativa: lo que no impidió que estas obras de mística escitasen todavía muchos rumores y altercados.

Pero el régimen y los privilegios de las órdenes mendicantes ocasionaron entonces unas disputas mucho mas serias. Ricardo Fisraulo, esto es, hijo de Raulo, arzobispo de Armagh y primado de Irlanda, despues de haberse declarado contra ellos en su isla, pasó á la de Inglaterra, donde ya habia ma-

(1) Rain. ann. 1355, num. 39.

nifestado el clero su oposicion á semejantes privilegios (1). Invitósele á predicar en la iglesia de San Pablo de Lóndres, y publicó allí con libertad su modo de pensar. Esta conducta de un prelado, autorizado en cierto modo por el clero británico, distinguido desde mucho tiempo por su doctrina, de la cual habia dado pruebas siendo canciller de la universidad de Oxford, y dotado de unas virtudes tan recomendables que su memoria es todavía venerada en Dundale, su patria, puso en movimiento á todos los frailes menores de la Gran Bretaña, y el guardian del convento de Armagh acusó al arzobispo en el tribunal del Sumo Pontífice.

Ricardo se puso inmediatamente en camino para pasar á Aviñon, y se presentó al consistorio, donde defendió por sí mismo su causa (1357). Dió una razon exacta de lo que habia dicho en siete ú ocho sermones, y lo redujo á dos puntos principales, á saber: la mendicidad de los frailes menores, y la costumbre que tenían de administrar la confesion, la predicacion y la sepultura al comun de los fieles: «Y pronto estoy, continuó, á sostener todo lo que he dicho en el púlpito acerca de esta materia.» «He defendido, Padre Santo, añadió, y defiendi todavía que los frailes menores quebrantan su regla por el modo con que practican la mendicidad voluntaria y perpétua; y que aun segun las máximas de la piedad y de la discrecion cristiana, nadie puede obligarse á este género de observancia, porque Jesucristo, aunque siempre pobre durante su vida mortal, no mendigó jamás voluntariamente, y lejos de instar á nadie á ello, enseñó que no se debe hacer.» Esta última proposicion, presentada como prueba, necesitaba sin duda alguna probarse, lo que ejecutó Ricardo de un modo mas sutil que sólido. Con mas lógica discurre cuando del testamento de San

Francisco, en el que el Santo manda espresamente el trabajo, deduce que sus hijos no deben hacer un uso habitual é invariable de mendigar.

Por lo que toca á la confesion, dice que es mas seguro y útil hacerla cada cual con su párroco que con los frailes mendicantes, y pretende probarlo así: «Yo creo (dice) que tengo anualmente en mi diócesis cerca de dos mil excomulgados: de estos apenas se presentan cuarenta á mi y á mis penitenciaros, y sin embargo todos reciben los sacramentos. La persuasion comun es que son absueltos por los frailes, á quienes se acusa de que socorren su pobreza por medio de las confesiones, y que la única penitencia que imponen son limosnas en beneficio propio. En efecto, ¿se ha oído decir jamas que hayan impuesto algunos donativos con destino al bien público, por ejemplo, para reparar una iglesia parroquial, ó para construir un puente ó una calzada que á ella conduzca? Al contrario, está tan concentrado y es tan esclusivo su interés propio, que cada uno de ellos no piensa mas que en su orden, sin que hayan ofrecido todavía el rasgo de edificacion de una limosna aplicada á los frailes predicadores por los menores. Pero desde que unos y otros han obtenido el privilegio de confesar, predicar y dar sepultura, hemos visto que en lugar de sus celdas antiguas y modestas, han edificado monasterios que parecen palacios, y disfrutan de unas comodidades de que no tuvieron idea sus padres. Otro inconveniente que de los privilegios pedidos por los frailes menores, contra la prohibicion espresa de San Francisco, resulta al clero, es que se han hecho dueños de las conciencias de casi toda la gente moza. En las universidades y en el seno de las familias los atraen con algunas frioleras que les dán, y con mil artificios de que se valen para estimularlos á entrar en su orden; despues de lo cual

(1) Valsing. pag. 173; Vading. ann. 1357., n. 3.